

Teresa de Jesús: aproximación a la salud de una santa escritora

Contestación al discurso de ingreso como socia de número en la Asociación Española de Médicos y Escritores de Artistas (Asemeya) de la Dra. D.^a Macarena Hernández Prieto.

Fernando A. Navarro

Colegio Oficial de Médicos de Salamanca, 7 de octubre de 2021.

Lo primero de todo, quiero felicitar a la doctora Hernández Prieto por su brillante discurso de ingreso; a sus familiares y amigos que hoy nos acompañan y a la propia Asemeya, representada en la figura de nuestro presidente Alberto Infante, por esta incorporación. Basaré mi *Contestatio*, que será breve, en tres reflexiones que me suscita el discurso:

* * *

En primer lugar, me llama la atención la importancia del lenguaje escrito, la validez de los escritos de santa Teresa para hacer posible una anamnesis en condiciones 450 años después. No disponemos de análisis de sangre, radiografías ni pruebas complementarias de la época, pero sí podemos saber qué sentía y cómo se sentía exactamente nuestra paciente. A veces me pregunto si será así también cuando un historiador del futuro, del siglo XXVI, venga a nuestra época. No es un problema de que ahora escribamos poco: todo lo contrario, hoy se escribe más que nunca. Si santa Teresa escribió unas 15.000 cartas en toda su vida, hoy se calcula que cada segundo se escriben en el mundo tres millones y medio de mensajes de correo electrónico (no digamos ya mensajes en WhatsApp, Twitter, Instagram...).

Alguien me dirá que no es comparable, que estamos hablando de la mejor escritora de todos los tiempos. Pero no solo era ella; si yo acudo a su confesor, el jesuita Francisco Ribera de Villacastín, me hace el siguiente retrato verbal de la santa:

«Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja parecía harto bien: el rostro redondo y lleno, de buen tamaño y proporción; la tez color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible; el cabello, negro y crespo, y frente ancha, igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraba algo a negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino llanas; los ojos negros y redondos y un poco carnosos; no grandes, pero muy bien puestos, vivos y graciosos, que en riéndose se reían todos y mostraban alegría, y por otra parte muy graves, cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad; la nariz pequeña y no muy levantada de en medio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo; la boca ni grande ni pequeña; el labio de arriba delgado y derecho; y el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color; la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco. En la cara tenía tres lunares

pequeños al lado izquierdo, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca».

A mí me ha sucedido en ocasiones, al leer una historia clínica actual sin tener al enfermo delante, que puedo saber hasta la milésima cómo eran sus concentraciones de fosfatasa alcalina o cuál la duración exacta del intervalo QT de despolarización y repolarización ventricular, pero no tengo la más mínima idea no solo de cómo se sentía el paciente, sino ni tan siquiera si era espigado o retaco, rollizo o enjuto, calvo o peludo. Y me pregunto: ¿no estamos desdeñando en exceso el arte de describir?

El endocrinólogo Santiago Martínez-Fornés, que fue vicepresidente de Asemeya, decía: «No es completa la exploración clínica si no incluye tomar la dimensión humana del paciente; es decir, descubrir al hombre en su enfermedad». Y el lenguaje es fundamental para ello.

* * *

Mi segunda reflexión tiene que ver con esos pasajes del discurso en que volvían a sonar en este salón las palabras de santa Teresa, quien, como todos los grandes escritores de la literatura universal, supo expresarse por escrito de un modo que admira aún por su elegancia y un no sé qué que embelesa. ¿Se han parado a pensar lo difícil que es transmitir la esencia de la vida en tres palabras?: «solo Dios basta». O su capacidad para expresar algo que muchos han dicho antes, pero de una forma nueva, directa al corazón: «vuestra soy, para vos nací: ¿qué mandáis hacer de mí?».

Por deformación profesional, no puedo evitarlo: mientras espero en la caja del supermercado, en la parada del bus, cuando voy al cine..., tengo siempre el oído atento a la forma en que nos expresamos. Y no puedo evitar compararla con los textos que leo. En la vida cotidiana estamos acostumbrados a comunicarnos en un estilo ramplón y pedestre, de andar por casa. Que contrasta con el uso que hacen de la lengua los grandes escritores de ayer y de hoy.

Siguiendo al filólogo gallego David Araújo, oigo decir, por ejemplo: «Buah, qué pelazo rubio».

Lope de Vega, sin embargo, decía: «Esparcido el cabello por la espalda, que fue del sol desprecio y maravilla».

Oigo decir en la calle: «Jo, qué buena está la Galatea esa; babeando me tiene». Cervantes decía: «Atónito quedé y embelesado, como estatua sin voz de piedra dura, cuando de Galatea el extremado donaire vi».

Oigo decir: «Vale, m'has pillao: t'estaba mirando el escote».

Garcilaso de la Vega decía: «Con ansia extrema de mirar qué tiene / vuestro pecho escondido allá en su centro, / y ver si a lo de fuera lo de dentro / en apariencia y ser igual conviene, / en él puse la vista».

Oigo decir, en fin: «Acaba de pasar un pibón que te cagas».

San Juan de la Cruz, amigo íntimo y seguidor de santa Teresa, decía: «Mil gracias derramando, / pasó por estos sotos con presura, / y yéndolos mirando, / con sola su figura, / vestidos los dejó de su hermosura». Dicen lo mismo, pero no lo dicen igual.

* * *

Mi tercera y última reflexión enlaza con esto mismo. Para un médico, ¿de qué sirve decir algo de forma muy hermosa, pero confusa? Es lo que pasa, por ejemplo, con algunos poemas de sor Juana Inés o con Góngora y los culteranistas: «caído se le ha un clavel hoy a la aurora del seno»..., eso no se entiende. O los poetas del romanticismo: Gertrudis Gómez de Avellaneda, Espronceda, Bécquer: «¿qué es poesía? dices mientras clavabas en mi pupila tu pupila azul». Muy bonito, muy sonoro, pero ¿qué es eso de la pupila azul? Será el iris, o el epitelio pigmentario del iris, porque la pupila no puede ser jamás azul. Bécquer será un gran poeta, pero no tenía ni zorra idea de anatomía ocular. Lo esencial en el lenguaje no es la sonoridad ni la belleza, sino la claridad.

En los países de habla inglesa goza de gran predicamento una corriente surgida a finales del siglo XX y que, bajo el nombre de *Plain English* o *Plain Language*, propugna que toda comunicación escrita —por complejo que sea su contenido—, debe hacerse en un estilo sencillo o llano, al alcance de un hablante medio. Si hablamos para entendernos, y escribimos más que nada para comunicar algo, el lenguaje escrito no debe ser nunca un lenguaje oscuro o farragoso.

Pues bien, me resulta llamativo que intelectuales españoles propongan ahora importar también a nuestra lengua los puntos esenciales del movimiento *Plain Language*, y lo hagan con la gravedad y la circunspección de quien cree estar haciendo una aportación trascendental, revolucionaria. No sé bien si es que ya solo leen en inglés; si consideran que un pensamiento únicamente tiene valor cuando llega de la América septentrional; o es que realmente están convencidos de estar inventando la pólvora, la rueda mismo.

Porque en inglés no sabría decir, pero lo que es en español llaneza, sencillez y claridad han sido desde antiguo rasgos distintivos de nuestra mejor tradición literaria.

Pienso, no sé, en Cervantes y la sentencia que pone en boca de maese Pedro: «llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala». O en Juan de Valdés —citado por la doctora Hernández Prieto en su discurso— cuando escribe, en su *Diálogo de la lengua*: «el estilo que tengo me es natural, y sin afectación ninguna escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que signifiquen bien lo que quiero dezir, y dígolo quanto más llanamente me es possible, porque a mi parecer en ninguna lengua stá bien el afectación».

Es posible que alguien esté pensando que esto vale para el lenguaje humanístico o literario, pero no para el lenguaje científico, dada la complejidad de los asuntos de que trata; el lenguaje científico, definiendo algunos, ha de ser por fuerza oscuro en virtud de su propia naturaleza.

No opina así el semiótico italiano Umberto Eco: «Si leéis a los grandes científicos [...] veréis que, salvo pocas excepciones, son siempre clarísimos y no se avergüenzan de explicar bien las cosas» [cierro comillas]. Confirman su opinión dos médicos eminentes; quienes, por cierto, y según tengo entendido, fueron en su tiempo, los dos, socios de Asemeya:

El primero, Santiago Ramón y Cajal, neurohistólogo: «El estilo de nuestro trabajo será genuinamente didáctico; sobrio, sencillo, sin afectación, y sin otras preocupaciones que el orden y la claridad. El énfasis, la declamación y la hipérbole no deben figurar jamás en los escritos científicos».

El segundo, Gregorio Marañón, médico y pensador: «En el lenguaje científico, la claridad es la única estética permitida».

Lo que no dice ninguno de ellos, pero lo digo yo, es que escribir sencillo es una de las cosas más complicadas que existen; escribir complicado, en cambio, es sencillísimo.

Cuando algún médico me pregunta por un modelo de buena prosa científica en nuestra lengua, no suelo recomendarle investigadores contemporáneos ni revistas médicas punteras, sino la prosa límpida, precisa, llana y clara de Azorín, cuya máxima era justamente «la claridad es la primera cualidad del estilo». Buen ejemplo de ello es también, lo habrán podido comprobar, el estilo de santa Teresa de Jesús, caracterizado por su naturalidad, sencillez y espontaneidad, hasta el punto de que nada menos que Menéndez Pidal llegó a decir de ella que santa Teresa «propiamente ya no escribe, sino que habla por escrito». Algo así podríamos decir del estilo de la propia doctora Hernández Prieto, desde hoy ya socia plena de la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas.

Bienvenida, Macarena, a Asemeya, una institución que conoces bien después de veintidós años dentro y que se va a beneficiar de modo notable, estoy seguro, de tus próximos veintidós años ya como socia plena de número. Bienvenida, y muchas gracias a todos por su atención.